

# Perderse en el Camino

Miguel Ángel Gutiérrez Naranjo

La vida en el Centro de menores es difícil. Lo único que importa allí es que el tiempo pase rápido y que los matones cumplan pronto los dieciocho años. Con esa edad te echan para que te busques la vida. Yo no sabía qué había fuera, nadie había vuelto para contarlo, pero estaba deseando largarme de allí por las buenas o por las malas.

Los días pasaban lentamente y sobrevivía como podía, hasta que un día llegó un nuevo educador. Se llamaba Juan. Daba clases de carpintería, pero eso era lo de menos. Lo que le hacía diferente es que parecía que le importábamos. Los demás nunca se preocupaban por nosotros. Juan se interesó por aprenderse nuestros nombres desde el primer día y, poco a poco, llegó a ser el único del que no nos reíamos. Incluso, a veces, la gente callaba y le escuchaba.

La sorpresa llegó cuando dijo que en mayo invitaría a algunos de nosotros a hacer el Camino de Santiago. Todos sonreímos. El muy ingenuo parecía no darse cuenta de que, si no fuera por los muros y los guardas, al día siguiente no habría nadie en el Centro. Salir de allí para hacer el Camino de Santiago, o para lo que fuera, era una oportunidad que ningún chico desaprovecharía para escapar.

A partir de ese día todo el mundo parecía interesado en aprender a ensamblar tablas y a distinguir una gubia de un escoplo. No sé si el educador era consciente de que nuestro interés por la carpintería era fingido, pero lo cierto fue que, a fuerza de asistir a sus clases, algunos aprendimos a instalar una puerta de paso o fabricar cajoneras medianamente aceptables.

El día de la selección estábamos muy nerviosos. Sólo cinco chicos le acompañarían. Ya había dicho cuatro nombres y, cuando dijo el mío, estallé de alegría. Por fin podría escapar y perder de vista el Centro de Acogida de Menores para siempre.

Los días antes de salir, el educador nos daba charlas y nos explicaba las condiciones. Un día le pregunté por qué me había elegido para que le acompañara.

- Porque quiero que te encuentres a ti mismo -fue su respuesta-.

Los primeros días en el Camino hicimos todo lo que el educador nos dijo. No sabíamos si había guardas de paisano o si de alguna manera nos vigilaban. La sensación de libertad era maravillosa. Ver amanecer en el campo, atravesar aldeas y cruzar ríos por puentes milenarios nos llenaba los ojos de luz y el espíritu de paz, pero lo más increíble era que el educador confiaba en nosotros. No es que hubiera bajado la guardia, es que nos trataba como si fuésemos una familia. Jamás nadie había confiado en mí de esa manera y empezó a crecer en mí un interés nuevo por devolver esa confianza.

Los días pasaban y el Camino me gustaba cada vez más, pero sabía que aquello era un espejismo, que sólo unos días después volveríamos al Centro y a estar de nuevo entre

cuatro paredes. Juan me caía bien, pero yo tenía la determinación de escaparme en cuanto pudiera. En el grupo había otro chico, Raúl, de mi edad. Hablaba poco, pero no era necesario dar muchas pistas para saber que él también pensaba escaparse. Una noche decidimos coordinarnos. Si lo hacíamos los dos a la vez y nos separábamos, había más posibilidades de que al menos uno de los dos tuviera éxito. Al día siguiente caminamos despacio y en una curva salimos corriendo entre maizales en direcciones opuestas. Corrí todo lo que pude. El corazón me iba a estallar en el pecho. La sensación de libertad me embargaba. Luego me fui serenando y empecé a vagar sin rumbo. La euforia del primer momento fue dejando paso a una tristeza infinita. No tenía a donde ir y lo que me pasara a partir de ese momento no le importaba a nadie. Caminé sin rumbo durante horas, hasta que mis pasos me llevaron a un pueblo pequeño. No había nadie por las calles y, de pronto, un olor familiar me llamó la atención. Era el olor a madera recién aserrada. Al volver la esquina encontré un taller de carpintería. Tenía el portón abierto y dentro un señor mayor lijaba una lámina de madera.

- Si lo hace con la lija del cinco tardará menos y quedará más fino –dije–.

El tipo levantó la vista y me miró divertido.

- ¿Entiendes de esto?

- Un poco –respondí–.

- Ven y demuéstremelo.

Entré y lijé la tabla bajo la atenta mirada del carpintero. La dejé fina como la seda. Cuando terminé el hombre me miró a los ojos. Pareció dudar un poco. Finalmente me preguntó, apuntando con la mirada hacia la mochila que yo había dejado junto al portón.

- ¿Eres peregrino?

En ese momento me asaltaron miles de pensamientos. Juan nos había dicho que en el Camino nos encontraríamos con muchas encrucijadas y que debíamos elegir bien para no perdernos. Por algún motivo pensé que no se refería sólo al cruce de senderos. Un escalofrío recorrió mi espalda y supe que la respuesta que diera marcaría el resto de mi vida.

- Sí –dije con voz firme– soy peregrino.

- Pues para volver al Camino debes ir al final del pueblo y subir la cuesta. En diez minutos volverás a ver flechas amarillas.

- Muchas gracias.

- Y por cierto –añadió– después de llegar a Santiago, pásate por aquí. Necesito un ayudante. En estos pueblos es difícil encontrar un chico joven que tenga tus manos y le guste la carpintería.

Seguí las instrucciones de aquel hombre y a la caída de la tarde llegué al albergue. Al entrar, vi a Raúl con dos guardias civiles. Lo habían encontrado esa tarde y lo habían traído al albergue. Juan trataba de explicarles que el chico no era un delincuente, que estaban haciendo el Camino de Santiago y se había perdido.

El guardia civil de mayor edad miró a Juan con desconfianza y luego se volvió hacia mí. Juan me lanzó una mirada de profundo agradecimiento por verme allí.

- ¿Y tú? –me espetó– ¿También te has perdido?

En ese momento recordé las palabras de Juan cuando le pregunté por qué me había elegido para acompañarle en el Camino de Santiago. Sonreí.

- No, yo no me he perdido –respondí–.

Luego volví la mirada a Juan, que me observaba expectante y añadí lleno de satisfacción.

- No me he perdido. Yo me he encontrado.

